

ANJA HILLING

ANIMAL NEGRO TRISTEZA

ÁPEIRON

TRADUCCIÓN DE MARIA BOSOM

MÍNIMA TEATRO, 16



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección MínimaTeatro, 16

Originalmente publicado por:

Schwarzes Tier Traurigkeit © Felix Bloch Erben GmbH & Co. KG, Berlin

Apeiron © Felix Bloch Erben GmbH & Co. KG, Berlin

© Anja Hilling, 2007, 2020

© De la traducción del alemán, Maria Bosom, 2022

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2022

Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo, 2022

La traducción de este libro contó con el apoyo financiero del Goethe-Institut



Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

www.puntodevistaeditores.com

[@puntodevistaed](#)

Director de la colección: Felipe Díez

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección ortotipográfica: Luis Porras

Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego

Foto de solapa de la autora: © Matthias Horn

ISBN: 978-84-18322-77-8

Thema: DD

Depósito legal: M-4726-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico,
cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com

SUMARIO

| | |
|-----------------------|-----|
| Animal negro tristeza | 9 |
| Ápeiron | 113 |

ANIMAL NEGRO TRISTEZA

PERSONAJES

MIRANDA, unos treinta

PAUL, unos cuarenta

MARTIN, unos cuarenta y cinco

JENNIFER, cuarenta y pocos

OSKAR, unos cuarenta

FLYNN, treinta y pocos

UN MATRIMONIO

PRIMERA PARTE: LA FIESTA

«Cuando ya las diosas hubieron criado al dios celebrado en muchos himnos, empezó a frecuentar los selvosos valles, cubierto de hiedra y laurel. Ellas, las ninfas lo seguían; él las guiaba: el clamor llenaba el inmenso bosque.

¡Salve, Dionisos, el de abundantes viñas! Concédeme llegar alegre al retorno de las estaciones y, luego, de éstas a otras, por muchos años».

Himnos homéricos: XXVI. A Dionisos,
traducción de Antonia García Velázquez

Un bosque, un bosque mixto, pinos, fresnos, tilos, hayas, también robles, algún que otro sauce. Un atardecer de verano. El bosque resplandece. El ambiente es caluroso, no cálido. El bosque lleva treinta y cuatro días esperando la lluvia. La espera hace que sus colores sean más vivos; sus sonidos, más fuertes; su belleza, más intensa. Se oye un ciempiés deslizándose sobre la hoja quebradiza de un haya, el ruido sordo del caparazón brillante de un escarabajo al caer sobre el suelo seco, las uñas de una ardilla arañando las cortezas desconchadas de los árboles, rojas y marrones. De repente, un ruido de motor, piedras y trozos de tierra con raíces que salen disparados en el camino estrecho de doble sentido. Una furgoneta Volkswagen, negra y beige, con las ventanillas subidas, climatizada,

de cristales tintados. Quién sabe cuánto rato lleva abriéndose camino a través del bosque. Simplemente acaba de aparecer aquí. Por unos instantes, los sonidos de los animales, de las hojas, de las cortezas de los árboles se vuelven más fuertes, más rápidos. Después se desvanecen. La furgoneta negra y beige avanza lentamente, molesta por las circunstancias: baches, piedras puntiagudas. Las ramas de hojas amarillas, rojas, la mayoría verdes, de un verde veraniego, rozan y golpean las ventanillas subidas, el techo, el eje del vehículo. En el interior, traqueteo de cosas, cajas de bebidas, cerveza, Coca-Cola, agua, vino, una botella de coñac, papel de aluminio, platos de papel, seis copas de cristal auténtico, seis copas de coñac. Una caja, dentro de la caja, botes de salsa, kétchup, curri, kétchup con curri y comida envasada, verduras envasadas, calabacines, tomates, patatas envasadas, pan envasado, baguette, chapata, integral, carne envasada, de ternera, de cerdo, de ave, carne para la barbacoa. Encajada en un rincón, la parrilla, debajo, el carbón, un saco lleno. En la parte delantera del coche, sentadas en tres filas, seis, no, siete personas. Cuatro hombres, dos mujeres, en el regazo de la más joven, un crío, un bebé, una niña. Tiene un biberón en la boca, pero ha dejado de mamar, se ha dormido. Los ocupantes del vehículo miran hacia fuera, a su alrededor, hacia delante o hacia atrás, no paran de moverse sobre la tapicería beige y fría. En el exterior, el bosque. El atardecer parece más oscuro de lo que es en realidad, los cristales tintados hacen que parezca más tarde. Falta poco para las seis. El trayecto ha sido más largo de lo que esperaban, más largo de lo que habrían querido. Pero ahora sí, miran el bosque una y otra vez, intentando encontrar palabras que puedan explicar el profundo respeto que les inspira y que les hace olvidar el largo rato que llevan

sentados en el coche, palabras que puedan explicar la belleza del mundo, la fascinación y la alegría que sienten, ahora que ya estamos aquí.

MIRANDA. Mira.

PAUL. Sí.

MIRANDA. Mira, Gloria.

MARTIN. Los colores.

MIRANDA. Un corzo.

JENNIFER. Sí.

OSKAR. Qué bonito.

JENNIFER. Sí. Muy bonito.

PAUL. Un corzo.

MIRANDA. Sí.

PAUL. Dónde.

MIRANDA. Se ha asustado.

OSKAR. Tú también puedes decir algo.

FLYNN. ...

OSKAR. Por qué no dice nada. Tu novio.

JENNIFER. Déjalo en paz.

MARTIN. Allí.

PAUL. Dónde.

MARTIN. Allí. El sol sobre el árbol.

PAUL. Sí. Supersol, superárboles.

MARTIN. Los colores, chicos. Qué colores tan preciosos.

OSKAR. De hecho, verde. Casi todo es verde.

FLYNN. Ahí está.

JENNIFER. Qué.

FLYNN. El corzo.

OSKAR. Pues sí. Habla.

MIRANDA. Para un momento.

MARTIN. Alguien tiene que mear.

PAUL. El rollo este de los corzos me pone de los nervios.

MARTIN. Ahora no se puede fumar. Mear, vale.

OSKAR. Cuánto falta.

JENNIFER. Sí. Cuánto falta. Esto ya es bonito.

OSKAR. No habrá un sitio más bonito.

MARTIN. Solo un poco más. Paciencia.

MIRANDA. Te he dicho que pares.

PAUL. Tira, tira. Que tengo hambre.

JENNIFER. Eh, mirad el roble rojo.

OSKAR. No es rojo.

JENNIFER. Claro que sí. La copa. Rojo fuego.

OSKAR. El fuego no es rojo.

MIRANDA. Quieres parar de una vez.

MARTIN. Por qué.

MIRANDA. Quiero enseñarle a Gloria su primer corzo.

Podría decirse que son amigos. Se conocen, más o menos, se caen bien, hasta cierto punto, a veces se desprecian, saben cosas los unos de los otros, algunas, quieren gustarse. Tenían ganas de salir en este precioso día de verano, dar la espalda al mundo, hacer una barbacoa, dormir una noche al raso, olvidar las preocupaciones, contar estrellas, el viento en

la piel, mosquitos, brillo en los ojos. Hincharse a comer, emborracharse y sentirse ligeros, muy ligeros, en medio de un claro, entre árboles altos y verdes, rodeados de crujidos y murmullos, suaves y hermosos como el primer sonido del mundo. Ya están aquí.

JENNIFER. Qué estás haciendo.

PAUL. Qué.

JENNIFER. Qué estás haciendo.

PAUL. Respirar.

Paul es grande, parece fuerte, inamovible. Su cara es ancha; sus ojos, pequeños pero claros; sus labios, carnosos; y su piel, áspera. Tiene unos cuarenta años, sí, unos cuarenta, y es arquitecto. Jennifer no es su mujer, lo había sido. Trabajaba para él. Aquello también terminó. Es fotógrafa. Tiene el pelo largo, castaño y ondulado. Ahora le brilla bajo la luz del atardecer. Ahora parece más joven de lo que es. Es mayor que Paul, un poco, uno o dos años, tiene los ojos marrones y grandes, las pestañas espesas. Sonríe. Ahora que ve respirar a Paul, sonrío. Lleva los labios pintados. Para este día, ha escogido la misma combinación de colores que él. Pantalón gris claro y la parte de arriba negra: ella, una blusa; él, una camiseta.

MIRANDA. Paul.

OSKAR. Quieres que la coja.

MIRANDA. Paul. Ayúdame, anda.

PAUL. Oskar. Cógela tú, anda.

MIRANDA. Toma.

OSKAR. *Glory gloomy*, Gloria.

Miranda es la novia de Paul. Lleva una camiseta estampada, un personaje de cómic. Es más joven que él, diez años, y guapa, muy guapa, más guapa que nunca. Antes posaba como modelo para la cámara, ahora es madre. Hace un año, un año largo, tuvo un hijo, un hijo de Paul, una niña, Gloria. Ahora Gloria está en brazos de Oskar. Unos brazos delgados, largos, con los tendones muy marcados, unos brazos como ramas. Oskar es el hermano de Jennifer, dos, no, cuatro años menor que ella. Es artista. Cosas de luces. Gloria lo mira, mira en silencio su cara enrojecida por el atardecer.

JENNIFER. Flynn.

MARTIN. Creo que se ha dormido.

JENNIFER. Flynn.

PAUL. Flynn. Te has buscado un auténtico Errol Flynn.

OSKAR. Es músico.

MARTIN. Es guapo. Tu novio.

OSKAR. Qué haces tanto rato ahí dentro.

MARTIN. Es un bombón.

JENNIFER. Flynn, trae la escalopa.

PAUL. Sí. Flynn. Y cerveza.

JENNIFER. Dónde está tu novia.

PAUL. Detrás de los arbustos.

OSKAR. Queréis saber cómo se llama su grupo.

JENNIFER. Cállate.

PAUL. Un grupo de música. Qué interesante.

OSKAR. Los Flynns.

PAUL. Los Flynns. Por cierto, cuántos años tiene.

JENNIFER. Dos más que tu novia. Pero pesa la mitad.

PAUL. Miranda ha estado embarazada.

OSKAR. Por qué tiene nombre de refresco, tu novia.

MIRANDA. Me llamo Miranda. No Mirinda.

OSKAR. Mira, Gloria. Mamá ya vuelve de mear.

MARTIN. Chicos. Tengamos la fiesta en paz.

Detrás de Martin aparece Flynn, el novio de Jennifer. Sale de la furgoneta, adormilado, joven. Es una visión que quita el hipo, sus cabellos son de tierra, parecen dunas suaves después de la siesta, su cuerpo es ligero. Sus ojos. A Martin sus ojos le parecen flores de calta, oscuras y verdes, en un lecho de párpados pesados. Pero desde el principio, desde que ha empezado el viaje, Martin se ha sentido cohibido. Martin es el novio de Oskar, de unos cuarenta y cinco años, calvo, vestido con ropa blanca y elegante, inadecuada para la ocasión. Un hombre exitoso, rico, que se cuida para mantener la línea. Es el director de una agencia de modelos. Miranda era una de sus chicas. Cuando aún era una chica. Una de sus colaboradoras es Jennifer, la fotógrafa, la hermana de su amante, Oskar. Martin baja la mirada, el sol le calienta el cráneo liso. Se queda mirando la caja de cervezas, la caja que le pasa Flynn y que él coge con sus manos largas, manos surcadas por un sinfín de venas azules que se extienden hacia todas direcciones. Deja la caja en el suelo, que le responde con un ruido sordo. Empiezan a descargar el maletero para preparar la comilona. Paul no se mueve, se queda donde está, tranquilamente, en medio de este prado verde.

MIRANDA. En qué piensas.

PAUL. Qué.

FLYNN. Alguien me puede echar una mano con la barbacoa.

MIRANDA. En qué piensas. Paul.

OSKAR. En qué va a estar pensando. Se está imaginando que construye algo aquí. Un hotel quizás, unas instalaciones, una zona recreativa. No hay tiempo para construir una barbacoa, lástima. Líneas verticales, horizontales. En el claro, ponemos una piscina. Asfaltamos el camino, utilizamos los árboles para revestir las paredes de madera.

JENNIFER. Aprovechamos el calor del verano para hacer una sauna.

MIRANDA. Césped, ardillas, aire del bosque, cóctel de la casa.

PAUL. Estaba pensando. Que nunca habías estado tan bonita como ahora.

Extienden las mantas, abren los botes, cortan el pan, aliñan las ensaladas. Flynn intenta montar la barbacoa. Jennifer se le acerca, pero no le ayuda, le aparta el pelo de la frente, lo enrosca con los dedos. Y Flynn le sonríe, pero es una sonrisa distante, una sonrisa para librarse de sus caricias, porque le encantaría conseguirlo, ser capaz de montar la barbacoa.

OSKAR. Las salchichas están caducadas.

MARTIN. Qué dices, cómo van a estar caducadas.

OSKAR. Los fránkforts.

MARTIN. Los fránkforts de cordero.

OSKAR. Sí.

MARTIN. No puede ser.

OSKAR. Ya lo creo.

MARTIN. Pero si los compré ayer en las galerías Karstadt.

OSKAR. Yo tampoco lo habría imaginado nunca, cariño.

Oskar se quita la camiseta, se sienta sobre la manta, bajo los últimos rayos de sol, y se toma una cerveza. Se ve delgado y frágil, ahí sentado. Martin se le acerca, se sienta a su lado, su camisa blanca le roza el hombro desnudo, lee la información del paquete de salchichas de cordero. La barbacoa está montada. Jennifer se aleja, cogida de la mano de Flynn. Miranda le cambia los pañales al bebé sobre el maletero abierto. Paul descorcha una botella de vino.

MIRANDA. Sírveme una copa.

PAUL. Tan temprano.

MIRANDA. No. Mejor esperamos hasta medianoche.

PAUL. No eres graciosa.

MIRANDA. Ni tú eres mi padre.

MARTIN. Anda, papi. Sírvete una copa de vino.

MIRANDA. Tú no te metas.

OSKAR. Eh. Hansel y Gretel se adentran en el bosque.

PAUL. Adónde vais.

FLYNN. A buscar leña.

PAUL. A buscar leña.

FLYNN. Vamos.

PAUL. Dile a tu *cowboy* que tenemos carbón para la barbacoa.

JENNIFER. Y nosotros tenemos sentimientos, imbécil.

PAUL. Qué.

JENNIFER. Queremos encender una hoguera.

PAUL. Una hoguera.

JENNIFER. Sí. Solo para mirarla, no para hacer la comida.

PAUL. Solo para mirarla. Eso es peligroso.

OSKAR. Acaso queréis incendiar el bosque.

JENNIFER. Queremos estar solos un rato.

Desaparecen un rato. El sol se pone, el carbón arde, echan el primer trozo de carne a la parrilla. Después, patatas y calabacines envueltos en papel de aluminio. Mientras se asa la comida, beben cerveza y vino en vasos de papel, Miranda también. Sus labios se vuelven rojos, más rojos todavía. La niña se ha dormido, está quieta en brazos de Oskar. Faltan dos.

MIRANDA. Dónde se habrán metido.

MARTIN. Dónde se conocieron.

OSKAR. Él cantó. En la boda de nuestra madre.

MARTIN. Y qué canta.

MIRANDA. No tenía ni idea. De que vuestra madre se hubiera casado.

PAUL. No tenía ni idea. De que vuestra madre aún estuviera viva.

OSKAR. Canta versiones pop. Canciones de amor. Cosas del año de María Castaña. U2, Camouflage, Depeche Mode, Kate Bush, Elvis Presley.

MARTIN. Kate Bush.

MIRANDA. *Wuthering Heights*.

OSKAR. Cuando ocurrió, estaba cantando *Always on my mind*, de Elvis.

MARTIN. Cuando ocurrió qué.

OSKAR. Su voz se volvió muy profunda. Su mirada también. No levantó la vista ni una vez mientras cantaba la canción. Y Jenny. Jenny escuchaba su voz mientras se le grababa en la memoria la raya de su pelo. Y deseaba verlo por detrás. Ver su nuca. Delante de ella, nuestra madre bailaba con su cuñado. El tío Wilhelm. Pero lo único que deseaba Jenny era ver el punto exacto donde se unían la cabeza y la nuca de Flynn. Al final, él levantó la vista. Sus miradas se cruzaron y Jenny se enamoró. Eso fue lo que ocurrió.

MIRANDA. Qué bonito.

PAUL. Sí. Increíblemente bonito.

MARTIN. Me parece que las chuletas ya están.

Empiezan a comer. Es lo primero que comen en todo el día. Lo han hecho a propósito, para estar hambrientos a la hora de cenar, para poder atiborrarse, llenarse el estómago después del largo viaje. Oskar aún tiene al bebé en brazos, come con una sola mano, menos cantidad y con menos ansia que los demás. De la oscuridad del bosque salen Flynn y Jennifer, el suelo seco cruje bajo sus pasos.

PAUL. Dónde está la leña.

MIRANDA. Qué habéis estado haciendo en el bosque.

FLYNN. Charlar.

PAUL. Charlar.

JENNIFER. Sí. Charlar. Nos habéis dejado algo.

Se sientan, pero no juntos. Se miran, por encima de las fuentes de ensalada, de las rebanadas de pan, de los montones de carne, se miran. Después empiezan a comer.

MIRANDA. Quieres que la coja.

OSKAR. No. Creo que se siente a gusto conmigo.

MARTIN. Ah, sí.

OSKAR. Sí. Es que no lo ves.

MARTIN. Tiene los ojos cerrados y no se mueve. Es lo único que veo.

OSKAR. Lo noto.

MARTIN. Qué sabrás tú.

OSKAR. Lo noto por su respiración.

MARTIN. Qué sensible te has vuelto de repente. Mi pequeña mamá osa.

OSKAR. No soy una mamá osa.

MARTIN. No soy una mamá osa.

OSKAR. Soy un hombre.

MARTIN. Eres un maricón.

OSKAR. Te quiero.

MIRANDA. Ya la cojo yo.

Miranda se levanta, el suelo se ha vuelto más blando después de la tercera copa de vino. Coge a la niña, la lleva con brazos expertos hasta la furgoneta, la deja en una sillita de bebé, la sillita del cochecito, en el asiento trasero. La niña seguirá durmiendo, duerme muy bien, desde el principio, es difícil que algo la despierte. Le viene una idea a la cabeza, se imagina que la ve, a Gloria, dentro de veinte años, tiene la mirada serena, los gestos tranquilos, se la imagina como una persona a quien todo el mundo quiere tener cerca, y la invade una extraña alegría. Miranda le quita la chaqueta, le pone un peluche bajo el brazo, abre una ventanilla. Se queda un rato junto a ella.

MARTIN. Está guapa.

PAUL. Qué.

MARTIN. Miranda. Está muy guapa.

OSKAR. Sí. A mí también me gusta.

MARTIN. Ha engordado un poco, eso sí.

PAUL. Qué.

MARTIN. Quieres escucharme. Antes pesaba quince kilos menos.

PAUL. Ha estado embarazada.

JENNIFER. Yo creo que le sienta bien.

PAUL. Qué.

JENNIFER. Estar gordita.

MARTIN. Y después. Después del bebé. Qué pasará después.

Quiero decir. Que hay modelos que a los treinta y cinco aún trabajan. Incluso madres.

OSKAR. Yo creo que está guapa.

PAUL. No está gordita.

JENNIFER. Sí que está gordita y le sienta de maravilla.

PAUL. Volverá a trabajar pronto.

MARTIN. Ya está fuera. No puedes descuidarte así y creer que la industria te lo perdonará.

JENNIFER. Pero puede hacer otra cosa.

MARTIN. Ah, sí. Como qué.

JENNIFER. Algo se os ocurrirá.

OSKAR. Quizá otro bebé.

Vuelve la madre, dulce y ligera, con una sonrisa en los labios.

MIRANDA. Cómo os conocisteis.

JENNIFER. Quiénes. ¿Nosotros?

MIRANDA. Sí. Flynn y tú.

JENNIFER. Qué quieres que te cuente.

MIRANDA. Qué va a ser. La historia de *Always on my mind*.

JENNIFER. Qué.

MIRANDA. Ya sabes. Elvis, la nuca y todo eso.

JENNIFER. Sabéis que esto está prohibido. Lo que estamos haciendo.

Martin enciende dos lámparas de aceite. Las caras se vuelven amarillas y las facciones se suavizan. La cena se alarga y se alarga.

MIRANDA. Trece.

MARTIN. Qué.

MIRANDA. Trece kilos, no quince.

MARTIN. Estás guapa, muy guapa, en serio.

MIRANDA. Decidí no darle el pecho.

MARTIN. Qué.

MIRANDA. No le doy de mamar.

MARTIN. Mírame. Yo también he engordado.

MIRANDA. Nunca le he dado de mamar, o sea que ahora puedo beber vino y fumar en vez de comer, y mis pechos están como antes. Como siempre. Bien. Quieres verlos. Quieres verlos. Medio año más y volveré a ser la de antes. No me descuido. Por supuesto que no. Yo también me preocupo por esas cosas.

OSKAR. Creo que ahí la has cagado, con Gloria.

Los trozos de carbón arden, se vuelven amarillos, rojos y blancos. Mecheros, cigarrillos encendidos, los labios brillan, grasientos, algunas hojas de lechuga esparcidas por el suelo, mezcladas con vinagre de Módena y ramitas. En la parrilla, los destellos de las últimas patatas envueltas en papel de aluminio.

JENNIFER. Pásame el coñac, pintor de la luz.

MIRANDA. Qué.

OSKAR. Bebes como una esponja, hermanita.

PAUL. Qué.

MARTIN. Se publicó un artículo.

PAUL. Un artículo.

OSKAR. Un artículo en el periódico. Es necesario sacar el tema ahora.

MIRANDA. Un artículo. Genial. Cuéntanos.

JENNIFER. Le da vergüenza.

MARTIN. Oskar tiene un plan. Un plan para alcanzar la fama.
El plan es. Que le importa un carajo.

JENNIFER. Porque lo que cuenta es la esencia.

MARTIN. El arte.

OSKAR. Lo que cuenta es las ganas que tengo de aplastaros la cara en la parrilla.

JENNIFER. Exacto. No se trata de causar una buena impresión.

MARTIN. Y mucho menos con la prensa.

MIRANDA. Lo entiendo.

MARTIN. Y eso que el artículo era bueno.

JENNIFER. Un himno de alabanza.